

CAMPAÑA PALAU MAHUIDA (2600 m.s.n.m.) Sábado 20 y domingo 21 de noviembre de 2021

REFERENTES: Dora Colihuinca

AYUDANTES DE REFERENTE: Javier Rivera y Claudia Jaliff

El sábado amaneció como un día soleado y caluroso. Se pronosticaba un hermoso día y se decidió salir antes de lo acordado para aprovechar el buen clima. Éramos doce, para algunos era la primera campaña y para la mayoría, la primera vez en este cerro.

Nos encontramos en la YPF de Parque Industrial donde nos repartimos en los autos asignados. La comitiva era de tres autos blancos, saliendo en caravana hacia Primeros Pinos.



Desde un primer momento, fue un trayecto ameno, entre mates, música y charla. En cada auto había un ambiente diverso, conociéndonos poco a poco, armando un grupo divertido y afable.

Al llegar al parador de Primeros Pinos, nos preparamos para una caminata corta, una primera aproximación de lo que nos esperaba al día siguiente. Nos calzamos las botas, los bastones y el mate siempre a cuestas y nos dirigimos al sendero. Desde un primer momento, las araucarias nos quitarían el aliento con su belleza: un bosque de estos árboles autóctonos de nuestra provincia en un cañadón escondido del viento. Internándonos poco a poco en esta pequeña garganta, bajamos hasta el arroyo. El paisaje era increíble debido al límpido azul del cielo y al verde brillante de los pequeños esteros, creados por las vertientes de agua dispersos en la ladera de la montaña.

Continuamos un poco más hasta una cascada y decidimos instalarnos por sobre la misma a disfrutar del sonido del agua y la frescura del clima. Nos sentamos a tomar unos mates



en las rocas a la vera del arroyo. Compartimos bocaditos dulces y salados entre risas y chistes.

Retornamos hasta donde habíamos dejado los autos y nos dirigimos a la Compañía de "Cazadores de Montaña" donde pasaríamos la noche. Al llegar a la barrera, nos percatamos que tardaban en recibirnos. El soldado de guardia no estaba al tanto de nuestra llegada y tras varios intercambios por radio y algunos documentos, nos permitieron el acceso al predio. Donde apareció un imponente edificio de piedra y madera, probablemente para soportar el clima de la zona. Nos recibe un suboficial que sería nuestro anfitrión por el tiempo que permaneceríamos en el predio. Nos

muestra el barracón de una de las alas donde dormiría la mayoría del grupo, los baños y el casino de suboficiales donde nos servirían la comida. Los soldados no están acostumbrados a recibir visitas desde que se desató la pandemia y evidentemente estaban ansiosos por ver caras nuevas. Muy solícitos, se esfuerzan por hacernos sentir bienvenidos y cómodos. Hasta se acercan cuatro soldados para encender la pequeña salamandra del barracón,





aunque ya lo habían hecho nuestros compañeros. No sé si será que éramos nueve mujeres de los doce que fuimos. Se decide hacer un ejercicio de armado de mochila antes de la cena, aprovechando que al día siguiente nos han permitido el paso a través de la tranquera que lleva hasta la base

del cerro. Dejamos todo listo para salir temprano a la mañana siguiente y bajamos a cenar. Hay un ambiente distendido. Algunos aprovechamos para deleitarnos de la luna llena que salía entre las montañas. Desde el umbral, nos bañamos en la luz anaranjada de una perfecta circunferencia que tiñe la noche estrellada. Y digo sólo desde el umbral ya que no está permitido salir del edificio después de las 22 horas a riesgo de ser disparado. Por algo son los herederos de las Tropas de Vanguardia que acompañaron al Gral. San Martín en el Cruce de los Andes. Son los custodios de la zona y nosotros sus invitados.

Al retornar al Casino de Suboficiales, el ambiente se alegra aún más, la zamba y la chacarera hacen su aparición y el espacio se transforma en pista de baile entre algunas de nuestras compañeras y nuestros anfitriones. Un deleite ver nuestras danzas típicas unimos en áreas tan recónditas.

A la mañana siguiente, luego de un desayuno de café y tortas fritas proporcionado por los anfitriones y algunas frutas y galletitas y antes de salir, Sofía, la experta del grupo, nos va haciendo trenzas cocidas a la mayoría de nosotras. No sólo son prácticas para la marcha y para aguantar el viento sino que son realmente bonitas. Nos despedimos y nos dirigimos al comienzo de la expedición. Antes de irnos, requerimos la llave de la tranquera. Tras varios



minutos, llamadas y desencuentros, finalmente nos comunican que será imposible la apertura de la misma debido a que uno de los oficiales se la llevó a Zapala. Para no seguir perdiendo tiempo y a pesar de que significa sumar cuatro horas a la jornada de caminata, se decide dejar por la fuerza de los acontecimientos los autos fuera de la tranquera. Una vez listos para comenzar la marcha, a uno de los compañeros, Kristian, se le ocurre intentar abrir la tranquera y con verdadera maña acierta a levantarla y abrirla. Este acto nos permite entrar con los autos y ahorrarnos esos kilómetros y horas extra. Ayudándonos entre todos y con mucho cuidado de no romper los autos, conseguimos, no sin algunos percances, llegar hasta la base del

cerro donde dejaríamos los vehículos. Se va notando la sustancia del grupo: la resolución de problemas, la ayuda por parte de todos y la predisposición.

Comenzamos a caminar, por lo que nos han dicho será un trecho largo. Son apenas las 7.30 de la mañana y se pronostica llegar a la cima al mediodía. El terreno está minado de plantas al ras del suelo y mallines que complican un poco la marcha. Vamos de a poco, acomodando la velocidad y el paso para que todos estemos cómodos. Cruzamos un arroyo de agua fresca y pura, una delicia en un día caluroso a pesar de la altura. Caballos salvajes nos miran con recelo desde la distancia. Continuamos ascendiendo, la pendiente se va haciendo poco a poco más



pronunciada. Las liebres nos hacen bromas con su agilidad corriendo ladera arriba. El suelo se transforma en piedra suelta, arenoso por momentos y con lajas. Al llegar a la montura de los cerros Palau Mahuida y Negro, el viento se hace presente. Sopla cada vez con mayor intensidad. Es necesario colocarse un rompeviento y algunos optan por los guantes de primera piel. Seguimos subiendo, metro a metro, trecho a trecho. Las palabras de aliento y el apoyo entre todos los miembros del grupo se hacen sentir. La caminata no es sólo de uno, es de todos. A pocos metros de la cima, los referentes nos dejan el paso a todos los que estamos haciendo cima por primera vez. Para asombro de ellos mismos, prácticamente todos éramos primerizos. Finalmente estamos en la cima, un cúmulo de piedras con una cruz de hierro nos recibe. Hemos llegado, abrazos y felicitaciones se van repartiendo entre



el grupo. Las vistas son increíbles, se ven los picos del Lanín y del Villarica, más allá, el Chachil, la Atravesada y el Cachil. La laguna Palau Mahuida nos saluda desde abajo con un azul profundo. Un bien merecido descanso, improvisamos un picnic arropados del viento y detrás de las piedras.

Mientras comemos, Dora nos presenta la idea de hacer cima en el Cerro Negro. Al parecer, hemos hecho cima en el Palau antes de lo pensado. El ritmo marcado fue mejor del esperado y, con tiempo a nuestro favor, se propone hacer otra cima. Varios están más que entusiasmados de poder seguir la aventura y crear nuevas experiencias. Mientras

descendemos hacia la montura de los cerros, se continúa tanteando que todos están de acuerdo o si algunos quieren esperar a los que desean hacer la segunda cima. Al final, todos estamos de acuerdo de intentar hacer cima en el Cerro Negro. Un ascenso corto de una ladera pedregosa. Conseguimos sin problemas hacer cima, a pesar de que el viento va aumentando su intensidad. Este cerro cuyo nombre se le ha dado por el color de su suelo, es una gran roca compuesta por otras tantas rocas negras unas sobre otras. El descenso es empinado y pedregoso, el viento se hace sentir y debemos tener cuidado. Este cerro está testeando todo lo que hemos aprendido, gracias a los bastones que nos ayudan en la hazaña, un par de ellos cumplen su ciclo en esta montaña. Con paciencia y perseverancia dejamos atrás las piedras del cerro Negro. Nos queda aún un buen trecho hasta llegar a los vehículos. A lo lejos, volvemos a ver la manada de caballos salvajes, las mil y una lagartijas de colores que se escabullen entre las piedras y la tierra. Estamos del otro lado del alambrado y hay que cruzarlo o "saltarlo". Otra vez el ojo experto



que nos aconseja por dónde es el mejor lugar para hacerlo. Continuamos la marcha. Cruzamos nuevamente el arroyo, saciamos la sed con su agua cristalina y seguimos camino. Poco a poco, vamos restando kilómetros hasta llegar al punto de partida. Una vez junto a los vehículos, guardamos las mochilas, hacemos una elongación en grupo. Sólo falta la foto de las



que nos aconseja por dónde es el mejor lugar para hacerlo.

Continuamos la marcha. Cruzamos nuevamente el arroyo, saciamos la sed con su agua cristalina y seguimos camino. Poco a poco, vamos restando kilómetros hasta llegar al punto de partida. Una vez junto a los vehículos, guardamos las mochilas, hacemos una elongación en grupo. Sólo falta la foto de las

trenzas cocidas, no podemos dejar pasar lo que nos unió metafóricamente: la campaña de las Trenzas Cocidas.

Una vez en los autos y retornando por el camino para salir del predio guardado por el Ejército, llegamos a la tranquera para retornar a Neuquén.

No obstante, la ironía nos juega una mala pasada. Así como

entramos fácilmente, nos espera una tranquera con vueltas y vueltas de cadenas imposibles de mover. Entonces, debemos volver sobre nuestros pasos hasta un puesto de animales donde hay vehículos que por la mañana no estaban. Solamente el auto con los referentes retorna. Conversamos con los hombres del puesto, explicamos la situación y les pedimos para que nos abran el candado de la tranquera. Después de varias idas y vueltas, un poco desconfiados pero nosotros asegurándoles nuestra buena predisposición, conseguimos que nos vayan a abrir. Al llegar el muchacho que enviaron, se baja del auto, nos saluda y se acerca a la tranquera. Al instante, lo vemos comenzar a dar vuelta algunas piedras, una tras otra, yendo de un lugar a otro, moviendo piedras al azar. Nos percatamos que lo que estaba haciendo era buscar la llave y que obviamente no sabía bajo qué piedra está. Nos bajamos de los autos a ayudarlo, diez personas dando vuelta piedras hasta que uno de nosotros encuentra la deseada llave que nos abrirá la puerta para volver a casa.

La campaña de la Trenzas Cocidas permitió abrirse a lo inesperado, dejarse llevar por las energías y las coincidencias, fluir con la naturaleza y las personas que con su mejor predisposición y buen humor constante hicieron de esta campaña una experiencia única.



Ime Duffard